TOUCHARD, J. (1949) *La République Argentine*. París: PUF.
WYNIA, G. W. (1986) *Argentina: Illusions and Realities*. Nueva York: Holmes & Meier.

ABSTRACT

This article deals with the myths of national identity and destiny in Argentina. The analysis of a large sample of official addresses delivered by former presidents Raúl Alfonsín (1983-1989) and Carlos Menem (1989-1999) shows that they delivered totally different concepts of what is understood as "argentinidad". While Alfonsín stressed the idea that a better future is to be built through a common project and collective effort, Menem insisted on the belief that their country is predestined to become a "great nation". Alfonsín produced a shift in Argentine political discourse by consistently asserting that all citizens are bound by shared responsibility and a desire to maintain their collective autonomy and identity. Menem , however, reactivated the myth of national greatness, a notion that has pervaded political discourse for the most part of Argentina's existence as an independent state.

Victor Armony se desempeña como profesor regular de Sociología en la Universidad de Quebec en Montreal, Canadá, y es titular de varios subsidios de investigación (Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales de Canadá, Centro de Investigaciones para el Desarrollo Internacional y Fondo de Ayuda a la Investigación de Quebec). Ha sido investigador posdoctoral en la Universidad de Columbia Británica, profesor regular en la Universidad de Ottawa y profesor invitado en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Internacional de Andalucía. Ha publicado numerosos trabajos sobre discurso político, identidad nacional y representaciones colectivas. E-mail: armony.victor@uqam.ca

ESCÁNDALO Y "POST-POLÍTICA". EL MENEMISMO EN ESCENA(S)

SILVIA TABACHNIK

Al filo del fin de siglo –con la asunción de Fernando de la Rúa como Presidente de la Nación– se cerraba *institucionalmente* en la Argentina una década de gobierno menemista: diez años durante los cuales se consolidaron cambios de tal incidencia en la configuración del espacio público y en la cultura política del país que incluso hoy en día, a casi dos años de aquel recambio presidencial, permanecerían bloqueadas las posibilidades de restablecer fundamentos de legitimidad –condiciones de posibilidad– para el ejercicio de la discursividad política.

Naturalmente los cambios mencionados no pueden pensarse aislados del contexto de transformaciones de alcance global y de todo orden (tecnocientífico, económico, cultural, social, etc.) producidos durante las últimas décadas y que, como advierte Derrida (1995: 85), conducen a revisar el concepto mismo de democracia y en general "todas las relaciones entre el Estado y la nación, el hombre y el ciudadano, lo privado y lo público, etc.". Sin embargo, esas mutaciones habrían asumido en el ámbito local cierta irreductible singularidad cuyos rasgos más relevantes intento analizar aquí.

Una imagen de vacancia constituye pues el punto de partida para esta reflexión sobre las formas de manifestación de la "post-política" en la Argentina: en su retirada, el menemismo habría dejado vacía y silenciosa esa escena donde el poder se exhibe y representa ante la mirada social.

©2002 EDITORIAL GEDISA (BARCELONA) 331-344

1. Actos de gobierno, actuaciones del poder

"Menemato" fue uno de los términos con que el periodismo supo designar y en cierto modo caracterizar la década (1989-1999) correspondiente a las dos presidencias de Carlos Menem en la Argentina. Un dato menor, pero sugerente para detectar algo de lo distintivo de ese gobierno cuando se lo piensa específicamente en tanto régimen de representación y puesta en escena(s) del poder (Balandier 1994).

En primera instancia, esa sufijación se limitaría a denotar una etapa en la historia política del país, pero –a diferencia de otras denominaciones engendradas a partir del nombre propio de un "líder"– no estaría identificando una formación ideológica ni tampoco una determinada corriente política (ese espacio semántico, en todo caso, está cubierto por el término "menem*ismo*"): la expresión "menemato" –no ajena en las narraciones de los medios al imaginario orientalista por lo que concierne a cierto estilo de gobierno y sobre todo al modo de vida atribuido a jeques y sultanes– podría dar cuenta de una de las formas de funcionamiento del poder en el orden simbólico-imaginario en un período de la historia argentina signado por profundas transformaciones en el papel y la configuración del Estado y por el duro impacto de la política neoliberal en la estructura socioeconómica del país. La forma designativa aludiría más bien a unas estrategias de exhibición, a *un estilo de personificación del mando,* refiriéndose no a los "actos" sino a las *actuaciones del poder.* Cuando menos, es el sentido que el uso asignaba al término en cuestión y que –desde la primera campaña electoral– contribuyó a configurar la imagen del político riojano como *personaje* singular y *distinto* en el contexto de la dirigencia política nacional.

La diferencia semántica y conceptual entre "actos" de gobierno y "actuaciones" del poder permitiría distinguir gradaciones y contrastes en el orden de la visibilidad: la luminosidad extrema de las *presentaciones de sí* –según la noción acuñada por Ervign Goffman (1983)– del "primer mandatario" solo o como figura rodeada por su "entorno" en el espacio telemediático habría resultado funcional –en este como en tantos otros casos que registra la historia– a la opacidad complementaria en el orden de las decisiones de Estado, entre ellas muchas de particular trascendencia que fueron sancionadas mediante "decretazos" y que parecieron surgir a la luz pública desde una zona inaccesible a la mirada de la sociedad: fuera de escena, trasfondo no iluminado de ejercicio, de efectuación (y ya no de "actuación") del poder.

La distinción podría pasar por la divisoria entre lo performativo y lo representativo (en el sentido en que Habermas (1981) habla de "publicidad representativa" y también en el sentido teatral del término). Así, por ejemplo,

en el caso paradigmático del indulto a los responsables del genocidio durante el terrorismo de Estado, el entonces primer mandatario limitó al mínimo sus declaraciones e intervenciones públicas, colocándose al margen del debate, como una figura descentrada, casi ausente. Usos estratégicos de la discreción que contrastan de manera llamativa con la locuacidad que caracterizaba las presentaciones televisivas del ex presidente. Y estas tácticas de administración de los silencios, o, en otros términos, esta cuidadosa gestión del secreto –en un juego dosificado de mostración y ocultamiento– constituyó la retroescena permanente y funcional de lo que designé en el título como "el menemismo en escena(s)": una galería de imágenes móviles –huellas en la memoria reciente– donde las dimensiones icónica e indicial de la semiosis (los cuerpos actuantes, las ceremonias, los entornos ambientales, las vestiduras, los rostros maquillados, las ortopedias, los oropeles) funcionaron –por lo menos durante el primer período presidencial– como un eficaz dispositivo de "comunicación política".

Complementariedad paradójica en términos de lo visible y lo enunciable que se expresaría en dos retóricas contrastantes: una retórica del exceso para el tratamiento de los asuntos de orden privado e íntimo –incluso en el marco de flexibilidad de las normas que regulan en las sociedades mediatizadas contemporáneas el protocolo enunciativo para las declaraciones de funcionarios políticos– y una retórica de la reticencia por lo que concierne a los asuntos públicos. Las presentaciones televisivas del primer mandatario se caracterizaban por una tonalidad enunciativa modulada a menudo por el *acento confesional,* y por una suerte de *contrato/simulacro de confidencialidad* con el interrogador (de preferencia personajes mediáticos no especializados en temáticas de orden político y que tendían a orientar el diálogo hacia aspectos anecdóticos relativos a la "personalidad" y la vida familiar de Carlos Menem). En este aspecto cabe señalar la frecuencia inusitada –y el notable impacto público– de las apariciones en pantalla televisiva de distintos miembros de la familia Menem –hijos, ex esposa, supuestas ex amantes, cuñados, hermanos, yernos, presuntos hijos y nietos no reconocidos, etc.– muy a menudo anunciados y presentados bajo el formato catástrofe y en el marco de algún conflicto –conyugal, fraternal, filial– con matices escandalosos, donde resultaba totalmente desdibujado el límite entre el litigio privado desplegado "en vivo y en directo" ante las cámaras (escenas de celos, confesiones, llantos, promesas de venganza, amenazas, etc.) y el enfrentamiento entre grupos de poder sospechados de participar en actividades delictivas (tráficos ilegales de distinto tipo).

La otra retórica, en cambio y según el mencionado contraste, se caracterizaría por el predominio de una estrategia sustractiva marcada por formas

de la reticencia (la lítote, la suspensión, la elipsis) para el tratamiento de asuntos de interés público de orden político, social, económico. Así ocurrió, y el ejemplo es casi tan paradigmático como el del indulto, con el debate en torno a la eufórica adopción del "modelo" neoliberal y la consiguiente aplicación "sin anestesia" –según la recurrente metáfora del ex presidente– de la política de privatización de las empresas estatales, que constituyó uno de los programas fundamentales del gobierno menemista.

Como ya se sugirió, en las actuaciones públicas de Menem la interdicción fundamental aplicada a su propio desempeño discursivo recaía fundamentalmente sobre cuestiones de orden político y económico, que solían ser descartadas del campo de *la conversación*. Este último es por otra parte el género de interacción discursiva que el político impuso como formato genérico dominante casi desde sus primeras intervenciones como candidato en el medio televisivo desplazando las formas antagónico-argumentativas de la discusión mediante diferentes recursos: el sarcasmo, el comentario displicente, la apelación a todo tipo de fórmulas cristalizadas –clisés, ideologemas de cualquier origen doctrinario, citas bíblicas, refranes populares, frases extraídas del cancionero folklórico, expresiones de moda engendradas en el campo de la cultura mediática– o sentencias pronunciadas como inapelables. Hay que sumar a este conjunto de elementos el recurso frecuente a las citas de autoridad a menudo extraídas del glosario peronista.

El uso frecuente de la autorreferencial como instancia última de legitimación de decisiones o actos de gobierno que involucraron y comprometieron a la sociedad en su conjunto constituye otra operación recurrente en la estrategia discursiva de Menem. El caso más claro es el del indulto a los comandantes en jefe de las juntas militares: uno de los argumentos esgrimidos para legitimar una decisión de tal envergadura histórica fue precisamente su propia experiencia biográfica en tanto detenido durante la dictadura militar. Según una especie de lógica entimemática, su propia condición de víctima de la represión lo autorizaría moralmente para otorgar el perdón a los victimarios.

Así también, muy a menudo, en el transcurso de actuaciones televisivas, los intentos de debate en torno a cuestiones de orden político resultaban desplazadas al plano enunciativo mediante la mención de condiciones, cualidades y virtudes personales demostradas a lo largo de su vida y que garantizarían de por sí la equidad y la justeza de las medidas de gobierno.

Sin duda la probada eficacia de este conjunto de estrategias discursivas (por lo menos durante el primer período de gobierno que culminó precisamente con la reelección) obedeció de manera prioritaria al profundo deterioro que sufrieron –sobre todo durante los últimos años del gobierno de Raúl

Alfonsín– las formas tradicionales de la discursividad pública como consecuencia, según la razonable interpretación de Oscar Landi (1991: 32), de la crisis de credibilidad que afectó a la "clase política" en su conjunto, a raíz –entre otros factores– de la gravísima situación de hiperinflación por la que atravesó el país en ese período.

2. Entre la tradición populista y el "neoevangelio" liberal

Puesto que la política implementada durante la pasada década en la Argentina –y que prosigue inalterada pero en sordina en el posmenemismo– poco difiere del "modelo" neoliberal aplicado con mayor o menor virulencia en las últimas décadas en toda Latinoamérica, el discurso menemista –siguiendo en esto el modelo del discurso del peronismo histórico según lo describen diferentes análisis (Sigal y Verón 1986; De Ipola 1983,1987)– no buscó definir su identidad en la dimensión ideológica sino más bien se configuró como una especie de transcripción lacunaria y diríase negligente del discurso neoliberal hegemónico al formato de una tradición populista fuertemente arraigada en la memoria colectiva. Podría tal vez apelarse al concepto bajtiniano de "hibridación", precisamente en la medida en que estas dos matrices discursivas no logran componerse en una textualidad cohesiva y dejan costuras visibles en la superficie textual.

Más que un "discurso político" –sobre todo si se lo considera en términos de coherencia argumentativa, cohesión textual, o basándose en ciertas características tipológicas e institucionales del dispositivo de enunciación–, la retórica del menemismo se configuró como un compendio sucinto, aleatorio y desjerarquizado de *consignas* recortadas de un "original", texto rector ya enunciado en otra parte y destinado a su permanente re-citación: precisamente el "neoevangelio" liberal –según la irónica caracterización de Jacques Derrida (1995)– postulado por Fukuyama. Sin embargo, como ha señalado también Emilio De Ipola, no es posible plantear una relación de determinación causa-efecto entre las contradicciones lógicas de un discurso político y su eficacia persuasiva en reconocimiento. El potencial "credógeno" –sostiene De Ipola– de los enunciados no depende de manera mecánica e inmediata de la consistencia de su lógica argumentativa: factores de otro orden pueden incidir en la recepción favorable de un discurso o suturar mediante otras lógicas las lagunas argumentativas del texto.

La doble autenticación hacia el pasado en la mencionada tradición populista del peronismo histórico y hacia el futuro "anunciado" y ya advenido en un "original" que se propone universal y trascendente –el metarrelato

neoliberal–, habría contribuido a generar en amplios sectores de la sociedad, cuando menos en la "primavera" del menemismo, efectos veridictorios en el orden de la enunciación y verosimilizantes en el orden de los contenidos. Aparentemente, la promesa electoral formulada por el caudillo federal –"síganme, no los voy a defraudar"– mantuvo su eficacia simbólica y su valor performativo para amplios sectores de la sociedad "más allá del desmentido de la realidad".

3. El desafuero de lo íntimo

Dos hipótesis de trabajo permiten abrir esta reflexión sobre las transformaciones de lo público y de lo político en la Argentina durante la década de la "postransición": la primera postula que el menemismo habría marcado un punto decisivo de inflexión en las relaciones –de poder– entre política y medios en la Argentina, presentando ciertos rasgos que en su combinación lo singularizarían incluso en el contexto de dislocación general (Derrida 1995, 1998) de la topología misma que sostenía en la modernidad la "gran divisoria" público/privado (Bobbio 1994, 1996).

Ciertamente el proceso de "mediatización" de la política no comenzó en el país con la presidencia de Carlos Menem; lo telemediático ya había impuesto sus reglas de juego en el espacio público durante los siete años de la dictadura militar (1976-1983), basta remitirse a dos de sus más conspicuas manifestaciones: el Mundial del 78 y la Guerra de Malvinas (Escudero 1996). Sin embargo, la tendencia a la focalización de aspectos concernientes a la vida privada familiar en la construcción de la imagen pública de los políticos con cierto deslizamiento hacia el orden de lo íntimo[1] comenzó a perfilarse en los primeros años de la transición con la reinstauración del sistema partidario. Tras siete años de terrorismo de Estado la recuperación de una imagen familiar y cercana del político capaz de generar cierta identificación con el "ciudadano común" (identidad, también profundamente erosionada en su componente cívico) contribuyó a la restauración del imaginario democrático, y en este sentido el lenguaje televisivo que juega fundamentalmente –como ha analizado Verón (1983, 1985,1992)– sobre el orden del contacto pudo haber favorecido el re-anudamiento del lazo de confianza entre actores políticos y sociedad civil.

Pero en el marco de esta relativa continuidad –que responde por otra parte a un proceso global– es posible establecer diferencias en cuanto al régimen de visibilidad y enunciación de lo político en la escena mediática entre el período de la transición (gobierno de Alfonsín) y el de la "postransición"

(gobierno de Menem). El primer período podría caracterizarse por un proceso de progresiva adaptación del lenguaje político a los códigos mediáticos, pero el menemismo se distinguió desde su emergencia en el campo de la contienda electoral por su *connaturalidad* con lo mediático: su genuina pertenencia y familiaridad con el "mundo del espectáculo", lo que le permitió mostrarse ubicado cómoda y ventajosamente en un espacio *otro*, supuestamente ajeno al de la política y diferente en cuanto a su lenguaje, sus prácticas, sus escenarios y sus actores. Esto permitiría tal vez identificar uno de esos rasgos distintivos –aunque por supuesto no exclusivos– y recurrentes del estilo representativo del menemismo: la importación al campo de la política de personajes "populares" llegados desde otros ámbitos (particularmente el mundo del deporte y el de la "farándula"), cuya metafórica extranjeridad habría operado como múltiple garantía de eficacia (el éxito logrado en su actividad de origen), de potencialidad identificatoria (respecto de las expectativas e intereses de esa ficción denominada "ciudadano común"), de incontaminación (respecto de las prácticas corruptas de la "clase" política), etc. Muchas de las "escenas" que quedarán registradas en el archivo audiovisual del menemismo conciernen a esta familiaridad y esta tendencial indistinción entre política y farándula, ya que no se trató solamente de la incorporación de personajes venidos de otros ámbitos al campo de la política, sino sobre todo de la recurrente y entusiasta participación –"actuación"– de Menem en ámbitos y situaciones ajenos al campo de la política: el álbum del ex presidente atesora una nutrida colección de imágenes propias danzando con bailarinas árabes en programas televisivos de gran audiencia o bailando tango con la célebre conductora de un programa de emisión cotidiana, interpretando piezas del cancionero folklórico en alguno de los tantos homenajes que se le ofrecieron en su pueblo natal de Anillaco, compartiendo el histórico balcón de la Plaza de Mayo con Madonna en su papel de Evita Perón, participando junto a Maradona en un partido de fútbol a beneficio, o al volante de su controvertida Ferrari roja ataviado como un piloto del automovilismo deportivo...

Tal vez el rasgo más notable de esta mutación que se produjo con el advenimiento de los modos de representación del menemismo consistiría en un desplazamiento cuantitativo y cualitativo del umbral de visibilidad desde el orden, ya no de lo público a lo privado –consumado hace varias décadas con el advenimiento de la llamada "cultura de masas", la "industria cultural", etc. (Habermas 1981; Sennett 1978)– sino *de lo privado a lo íntimo.*

En otro texto proponía caracterizar este proceso en términos de *desafuero de lo íntimo* (Tabachnik 2000). La expresión condensa una polivalencia semántica interesante: por un lado remite a la noción jurídica de "fuero" asociada a los códigos concernientes a los derechos del individuo (derecho de

privacidad, intimidad, etc.); en otra acepción remite precisamente al léxico técnico de la tramoya teatral y de la puesta en escena (un aforo consiste en el desplazamiento al espacio escénico de un elemento que debería permanecer oculto); en tercer lugar se asocia –en un registro entre la moral y la ética– a la condición de lo "desaforado" en relación con las normas siempre flexibles que rigen los comportamientos públicos y privados de los sujetos. Una cultura determinada reconoce como situaciones o actos "desaforados" aquellos que desbordan o transgreden los límites históricamente variables de lo públicamente exhibible y enunciable. En términos del ideal helénico del "buen gobierno" la imagen del *desafuero* evoca lo que los griegos condenaban bajo el término de *hybrizein* –desenfreno, pérdida del autocontrol, abuso de poder– oponiéndolo a la *sôphrosynê* –mesura, templanza, dominio de sí– del estadista ejemplar (Foucault 1991).

Muchas de las declaraciones en la escena mediática del ex presidente y de su clan familiar pertenecen a lo que los historiadores de la vida privada distinguen en términos de "secretos de familia" (Prost 1991), aquellos que la burguesía decimonónica sólo confiaba al notario y al sacerdote: cuestiones de dinero, patrimonio, filiaciones, herencias y, por otro lado, relativas a la sexualidad y a las infracciones a las reglas de la conyugalidad, etc. Con estos dos modelos de vida "cortesana", uno oriental (el sultanato) y otro occidental (la decadente aristocracia francesa del siglo XVII), solía compararse muy a menudo, a veces en el registro encendido de la diatriba, muchas otras en el registro de la sátira,[2] el estilo de mostración pública adoptado por el entonces presidente y su entorno.[3]

El tendencial predominio del régimen de lo íntimo en la construcción mediática del acontecer cotidiano no sólo implicaría un grado mayor de exposición de la privacidad de los personajes públicos sino también otro tratamiento semiótico: otro régimen de visibilidad y enunciabilidad, otra jerarquización y legitimación de lo enunciable, diferentes dispositivos de enunciación, una desestabilización y redistribución jerárquica de géneros discursivos, diferentes modos de tramar y narrar, otra construcción de la imagen del político y de su entorno. En este marco, las formas de la enunciación confesional, el contrato/simulacro confidencial en las entrevistas televisivas, la proliferación de usinas discursivas destinadas a la producción del rumor, el chisme, la maledicencia, la difamación, etc., la captura clandestina de imágenes visuales o sonoras producidas en condiciones de intimidad asumen el centro de la escena y se constituyen casi en el patrón dominante para la narración del acontecer político y social. Cabe recordar, en este sentido, que la saga de escándalos del menemato coincide temporalmente con el acontecimiento literalmente más *desaforado*, más disparatado que registra la historia de las democracias

modernas: el caso Clinton/Lewinsky, formidable ejemplo de lo que Barthes (1964) definió como *fait divers* llevado aquí a su expresión más desmesurada.

Y en este punto ingresa la segunda hipótesis anunciada y que es correlato del predominio del régimen de lo íntimo como patrón de producción de la actualidad: el *escándalo* –como género mediático, o como modelo dominante en la construcción mediática del acontecimiento– habría constituido un engranaje fundamental para el adecuado funcionamiento del dispositivo político de producción de sentido durante la década menemista. En un texto anterior (Tabachnik 1998: 337) comentaba que "la absorción del acontecimiento en el paradigma mediático del escándalo resulta connatural y funcional respecto del metarrelato del Fin de la Historia. El escándalo es la figura emblemática de la condición 'post-política': la lógica que lo rige es la de la repetición mecánica y anunciada". La hipervisibilidad encandilante del escándalo constituiría la contracara de la creciente invisibilidad de un poder dislocado, deslocalizado y al mismo tiempo ubicuo.

4. Lo visible y lo enunciable en la puesta en escena del menemismo. La "novela familiar" del Presidente

Dos tipos de escándalo caracterizaron la década menemista: aquellos generados por la irrupción en la escena pública de episodios concernientes a aspectos privados e incluso íntimos de la vida personal y familiar del personaje en cuestión. La "(tele)novela familiar del Presidente" –como el nuevo casamiento con la ex Miss Universo chilena, los siempre renovados conflictos con su ex esposa, las dramáticas escenas protagonizadas por la atormentada hija Zulemita, y, en otro plano, toda la secuela de oscuros episodios ligados al probable homicidio del primogénito, etc.– proporcionaron "materia prima" para la recreación paródica en los medios.

Este primer tipo de escándalo se producía según dos modalidades diferenciables en el orden de lo visible: por medio de la *revelación* –la "hazaña" mediática de la captura en imagen de situaciones reservadas o secretas por la mirada de los medios con la intervención de diferentes dispositivos tecnológicos como la cámara oculta, micrófonos invisibles, escuchas y grabaciones telefónicas clandestinas, etc.–, o bien por medio de la deliberada *exhibición* estratégica de asuntos y situaciones de la intimidad. En estos últimos casos lo exhibido o lo revelado (rencillas conyugales o familiares, amoríos, infidelidades, presuntas adicciones, aparición de hijos y nietos no reconocidos, etc.) consistía por lo general en alguna transgresión a ciertas normas culturales de la discreción, lo que Norbert Elias (1993) definió como umbrales sociohistó-

ricos del pudor. La otra fuente de escándalos, en cambio, está asociada ya no a las transgresiones a los límites de la privacidad sino a lo que Juan Carlos Marín (1993) identifica como "delitos de autoridad". Lo escandaloso en este segundo caso proviene de la develación –operación mediática que permite ser pensada según la categoría foucaultiana de rituales de veridicción– de ilícitos económicos muy frecuentemente asociados a hechos delictivos (secuestros, algunos casos de tortura, homicidios nunca totalmente esclarecidos, dudosos suicidios y muertes por accidente, agresiones o extorsiones a testigos o miembros del poder judicial). La mezcla de conflictos familiares/sentimentales con enfrentamientos de orden político entre clanes y delitos económicos transnacionales ha constituido un rasgo propio del manejo del poder durante el menemismo. En este sentido el caso conocido como "Yomagate" –presuntamente ligado al narcotráfico y al "lavado" de dinero y protagonizado por miembros de la familia política de Menem– reúne todas las características mencionadas.

5. Notas finales

El régimen de visibilidad del poder constituyó sin duda una de las dimensiones distintivas del imaginario político del menemismo, al presentar una combinación muy particular, aparentemente algo paradójica, entre varios planos de visibilidad, diferentes modulaciones de lo visible y lo oculto. Para analizar este fenómeno resulta operativa la distinción que introdujo Norberto Bobbio (1994) cuando propuso un segundo significado de la dicotomía público/privado, según el cual "público" equivale a manifiesto, visible y "privado", en cambio, a "oculto o secreto".

El binomio manifiesto/secreto, que constituye para Bobbio una de las categorías fundamentales para la comprensión histórica en el campo de las teorías de la sociedad y del Estado, resulta sin duda relevante para analizar el funcionamiento en el plano de lo visible y lo enunciable durante el régimen menemista.

¿Qué es lo que el régimen menemista dejó ver o exhibió de sí mismo, y qué es en cambio aquello que tendió a ocultar o sustraer de la mirada pública?

La respuesta no es obvia: el menemismo habría reinventado una fórmula compleja y hasta cierto punto original. Hemos adelantado algunos aspectos de esta caracterización, cuando propusimos diferenciar entre dos "fuentes" de escándalo: el menemismo se caracterizó por una hipervisibilidad encandilante (preservando el sentido de enceguecimiento que tiene este calificativo) e históricamente inusitada, un grado máximo de exhibición, tal vez sin ante-

cedentes equiparables en la historia nacional, por lo que concierne a los aspectos más íntimos de la vida privada del presidente y su "entorno".

Aun si la vida privada/familiar de los políticos y funcionarios públicos resulta expuesta cada vez en mayor medida en las sociedades mediatizadas y parecería incidir de manera creciente en las decisiones del electorado, por lo general se la solía presentar como una suerte de trasfondo decorativo neutro y armónico sobre el cual se recortaba la figura del candidato: este solía ser, sobre todo en la tradición iconográfica nacional de puesta en imagen del poder, el lugar (secundario) de la estructura familiar del presidente y en general del político. La diferencia en el caso del menemismo es que el "entorno" familiar y de relaciones personales y sentimentales del presidente constituyó durante todo el período de su gobierno una fuente continua de *fait divers* y de escándalos de diversa magnitud, tornándose imperceptible el límite entre lo familiar y lo político, entre lo íntimo y lo público. La inusitada *escena* de la expulsión por la fuerza pública de la "primera dama" y sus hijos de la Quinta de Olivos, residencia oficial del Presidente de la Nación, acontecida el 12 de junio de 1990 (a pocos meses de asumir la presidencia) y transmitida "en vivo y en directo" por *Crónica TV* y otros medios televisivos, constituye una suerte de apertura de la serie, primer capítulo de la saga de escándalos familiares que rodearían a la figura de Menem durante los dos períodos de su gobierno.

El "verosímil cultural menemista" –según la atinada expresión de Oscar Landi (1992)– habría reintroducido y reactualizado –en condiciones de una sociedad mediatizada– ciertos rituales, cierta configuración del escenario de la política, provenientes de la tradición representativa del peronismo histórico. En este régimen de representación la notoriedad pública funciona como factor de homologación entre política y espectáculo: la única distinción pertinente y válida, como ya se observó, parece ser la que se desprende de la divisoria fama/anonimato.

Guardando las debidas distancias, ciertos rasgos de la puesta en escena del poder durante el menemismo corresponden a lo que Foucault (1989: 197) definió como el "régimen de individualización ascendente" propio de las "sociedades de espectáculo". En sociedades como la feudal –escribía Foucault– "cuanto mayor cantidad de poderío o de privilegio se tiene, más marcado se está como individuo, por rituales, discursos o representaciones plásticas".

Los medios son en las sociedades contemporáneas el escenario donde se despliegan los rituales y las representaciones del poder, donde se narran e ilustran, pero también se satirizan, las "proezas" (deportivas, amatorias, artísticas...) de estas formas actuales de "liderazgo carismático"; formas nuevas y al mismo tiempo casi arcaicas, prerrepublicanas, surgidas en estas frágiles democracias del sur de la historia en tiempos de la "post-política".

Notas

1. Esto se inscribe en el contexto de un fenómeno general si no de supresión cuando menos de debilitamiento de las restricciones que pesaban sobre la exhibición del cuerpo y la verbalización de tópicos relacionados con el erotismo y la sexualidad, en ciertos aspectos similar al "destape" producido en España en la inmediata posdictadura.
2. Durante el menemismo surgió una cantidad notable de programas televisivos orientados al tratamiento humorístico del acontecer político local. La figura de Menem y de su entorno, así como los reiterados escándalos que se sucedieron durante esos años, fueron objeto de una notable productividad semiótica en procedimientos de estilización paródica e incluso grotesca.
3. Es muy significativa la aparición, durante los primeros años del menemismo, de semanarios de actualidad como la revista *Caras* (lanzada por Editorial Perfil en 1992, destinada a la puesta en escena de diversos personajes "famosos" del mundo de la política y de la televisión, del deporte, etc.) y a la exhibición de sus suntuosas viviendas, guardarropas, mascotas, etcétera.

Referencias bibliográficas

Balandier, G. (1994) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación.* Barcelona: Paidós.

Barthes, R. (1964) "La estructura del suceso" en *Ensayos críticos.* Buenos Aires: Seix Barral.

Bobbio, N. (1994) *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política.* México: Fondo de Cultura Económica.

—— (1996) *El futuro de la democracia.* México: Fondo de Cultura Económica.

De Ipola, E. (1983) *Ideología y discurso populista.* Buenos Aires: Folios.

—— (1987) "Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo" en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* de AA.VV. Buenos Aires: Hachette.

Derrida, J. (1995) *Espectros de Marx.* Madrid: Trotta.

Derrida, J. y Stiegler, B. (1998) *Ecografías de la televisión.* Buenos Aires: Eudeba.

Elias, N. (1993) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Escudero, L. (1996) *Malvinas: El gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra.* Barcelona: Gedisa.

Foucault, M. (1989) *Vigilar y castigar.* Buenos Aires: Siglo XXI.

—— (1991) *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Goffman, E. (1983) *Relaciones en público.* Madrid: Alianza.

Habermas, J. (1981) *Historia y crítica de la opinión pública.* Barcelona: G. Gili.

Landi, O. (1991) "Videopolítica y cultura" en *Diálogos* 29.

—— (1992) "Proposiciones sobre la videopolítica" en *Política y Comunicación* de H. Schmucler y M. C. Mata. Córdoba: Catálogo - Univ. Nac. de Córdoba.

Marín, J. C. (1993) "El no-delito, ¿tan sólo una ilusión?" en *Delito y Sociedad.* Revista de Ciencias Sociales. Buenos Aires, año II, nº 3.

Prost, A. y Vincent, G. (1991) "La vida privada en el siglo XX" en *Historia de la vida privada* de P. Ariès y G. Duby (directores). Tomo 9. Madrid: Taurus.

Sennett, R. (1978) *El declive del hombre público.* Barcelona: Península.

Sigal, S. y Verón, E. (1986) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista.* Buenos Aires: Legasa.

Tabachnik, S. (1998) "Del escándalo" en *Declinio da Arte/Ascensão da Cultura* de R. Antelo et al. Florianópolis: Abralic/Letras Contemporáneas.

—— (2000) "Desafuero de lo íntimo en la escena mediática" en *Papeles de Investigación I, Ciencias Sociales y Postgrado* de N. Rosa (director). Rosario: Laborde.

Verón, E. (1983) *"Il est là, je le vois, il me parle"* en *Communications* 38. París: Du Seuil.

—— (1985) *La mediatización. Hacia una teoría de los discursos sociales.* Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

—— (1992) "Interfaces, sobre la democracia audiovisual avanzada" en *El nuevo espacio público* de F. Jerry, D. Wolton et al., pp. 124-139. Barcelona: Gedisa.

Abstract

By the end of 1999 –when Fernando de la Rúa came to power– a decade of "menemismo" in Argentina was institutionally closed, during which a disruption in the configuration of public space and political culture of the country was produced. Such disruption was so deep that even today the possibilities of reestablishing the foundations of legitimacy for the exercise of political discourse would remain blocked. Naturally, those changes cannot be considered isolated from the contemporary context of mutations of a global scope (technical-scientific, economic, cultural, social) that, as Derrida noticed (1995: 85), force us to revise the concept of democracy and in general "every relationship between State and Nation, man and citizen, private and public, etc.". Nevertheless, those changes may have taken on, at a local level, an irreducible peculiarity whose more relevant traits I hereby approach from the analysis of the "menemismo" as a regime of spectacularization of power.

Silvia Tabachnik es directora de la Maestría en Sociosemiótica del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba y profesora titular de dicho Centro. Su investigación se ha desarrollado en el campo de la sociosemiótica, el análisis de discurso político, los estudios mediáticos. Ha publicado *Voces sin nombre. Confesión y Testimonio en la escena mediática* (1997) y diversos capítulos y artículos en libros y revistas especializadas. E-mail: silviatabachnik@arnet.com.ar

Hugo Chávez: la elocuencia del silencio

Frank Baiz Quevedo

1. Introducción

Un nombre ha puesto a circular el de Venezuela. Se trata de Hugo Chávez, el productor de un discurso desbordado y autosuficiente, centrado en el hacer político electoral. El presente trabajo analiza varios aspectos estructurales de ese discurso y se interesa en uno de sus momentos: el del deslave natural que asoló el estado Vargas de Venezuela el 16 de diciembre de 1999, causando una de las mayores tragedias de la historia del país, en el mismo momento en que se celebraba una de las numerosas jornadas electorales que han caracterizado la llamada revolución bolivariana. Analizaremos algunos rasgos del discurso chavista, para luego centrarnos en el impacto que produjo sobre este discurso la "desaparición" textual de sus contendores políticos, gracias al deslave natural.

2. Breve historia del discurso político electoral de Chávez

Revisar la trayectoria política de Hugo Chávez es revisar la trayectoria de un discurso. En 1992 gobierna en Venezuela el presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez. El 3 de febrero de ese año estalla un golpe de Estado y, al ser sofocado, el comandante Hugo Chávez Frías, jefe de la rebelión, apa-

©2002 Editorial Gedisa (Barcelona) 345-356